


## PREFACIO (I)

LOS MUCHOS DICHS DE UN SILENCIO: *EL SILENCIO DE LOS LIBROS*

*Beatriz Virginia Camarinha Castilho Pinto*  
*Máster en Lingüística*

 *El silencio de los libros* es una gran metáfora sobre el papel de los libros en la vida de las personas. Es una declaración de amor por la Literatura y también a la Lengua Portuguesa, cuya historia se recrea místicamente. También es una trama novelesca sobre la madurez.

La novela tiene lugar en un futuro cercano, donde los libros están prohibidos y la relación de las personas con el mundo – y consigo mismas – está mediada por la tecnología. En ese entorno, circulan un hombre que sólo virtualmente interactúa con mujeres, una madre cuya única ocupación es mirar la televisión, una adolescente que se relaciona con el mundo sólo a través de las redes sociales y una niña que ama las historias – pero estas están prohibidas. El conflicto se intensifica cuando llega a la ciudad un extranjero empeñado en la liberación de los libros, llevando siempre consigo, un misterioso pequeño cuaderno de anotaciones.

La historia se inicia en Vila Nova de Gaia, Portugal, contada desde el punto de vista de la niña: *Fue uno de esos períodos de la Historia tan trágicamente adultos que lo absurdo sólo se hace visible a los ojos de la infancia*. La segunda parte de la novela está ambientada en Brasil, narrada desde el ángulo de visión de un personaje misterioso, mientras que la tercera parte tiene lugar nuevamente en la región del río Douro, una vez más desde la perspectiva de la niña.

Hacer que el lector vea el mundo a través de los ojos de un niño es uno de los grandes hallazgos del novelista, que, con tal recurso, lleva al extremo el efecto de lo extraño y la sensación de lo absurdo. El lector siente junto con la niña, siente aquello que ella siente.

*El silencio de los libros* es una novela que se saborea no sólo por su trama llena de tensión y suspenso, sino también por los detalles de su construcción, como el trabajo con el lenguaje, las descripciones impactantes y la elección de los nombres de los personajes. El nombre de la niña es Alice, pero su familia sólo la trata por “niña”. ¿Qué significa para alguien no ser tratado por su nombre? ¿Y por qué el autor eligió el nombre de Alice? ¿Quién es Alice (Alicia) en el universo de los libros, ya que estos son el tema de la novela? ¿Y su hermana, por qué lleva el nombre de Beatriz? ¿A qué personaje literario se refiere este nombre? ¿La Beatriz de la novela es un espejo o un espejo invertido de la musa de Dante Alighieri? Recuperar la memoria literaria de los nombres es una forma de exigir la participación activa del lector y, así, agregar nuevos sentidos a la obra.

Al manejar un lenguaje poético y preciso, el autor crea metáforas sorprendentes, ya sea con adverbios: *períodos trágicamente adultos*; ya sea con expresiones adjetivas: (la niña) *inundada de ausencias*; ya sea con verbos: *el ruido de los platos bailando en el fregadero de la cocina*. También explora recursos estilísticos como el oxímoron: *comodidad de una serenidad agitada*; la sonoridad: *el olor era de plumas y pieles en brasas*; y el polisíndeton: *Repitió todo con el segundo hoyo, y con el tercero, y con el otro, y otro, y otro más...* Sabe invitar al lector a revelar sólo los significados apenas sugeridos, interpretando un silencio hecho sin decir, pero lleno de posibles significados.

La novela se encaja en la mejor tradición de la cultura occidental, con sutiles menciones a libros, poemas y vinos, a mitos clásicos y folklore, a obras de arte y teorías científicas, sin ningún rastro de pedantería. Por otro lado, se encamina por las grandes discusiones de la contemporaneidad, como la programación genética, la privacidad invadida por cámaras y dispositivos de grabación, la cuestión de la identidad en el mundo virtual, el derecho al olvido, el papel de la literatura, el libre albedrío.

Este libro puede ser entendido como una novela de formación, en la medida en que muestra la madurez y el dolor que se experimenta en ese proceso. Al crecer, la niña está marcada de cicatrices: *ser sabia da un maldito dolor*. Para crecer, debes apurarte lentamente. Tal es el epígrafe de la novela: *festina lente (apresúrate lentamente)*, oxímoron que retrata el delicado equilibrio entre rapidez y precisión. A lo largo de la narración, la frase se ilustrará con el dibujo de un ancla entrelazada por un delfín, que aparece tanto en el logotipo del editor renacentista Aldo Manuzio, como en un colgante. En el límite, la frase – al igual que la imagen – simboliza las paradojas de la vida humana, exprimida en la delgada frontera entre el bien y el mal, la cordura y la locura, equilibrándose sobre el torbellino que separa al yo del otro.

Además de la lectura literal, la novela, por su carácter simbólico, también puede interpretarse de muchas otras maneras, siendo una verdadera obra abierta.

Por todas estas cualidades, *El silencio de los libros* exhibe un escritor maduro, con pleno dominio del arte literario, capaz de realizar un recorrido por las tierras, las personas y por el lenguaje de Brasil y Portugal, invitando al lector a sumergirse en el abismo de los grandes problemas humanos.

Diciembre 2018



## PREFACIO (II)

*EL SILENCIO DE LOS LIBROS: PROSA POÉTICA DE BELLEZA*  
INCONMENSURABLE

*Maria Jose Gargantini Moreira da Silva*  
*Especialista en Lengua Portuguesa y Producción de Texto*

*Learn by heart this poem of mine*  
*Books only rest a little time*  
György Faludy (1983)

TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO.

FESTINA LENTE: APRESURATE LENTAMENTE. Como en *Felicidad clandestina* de Clarice Lispector, en la que la niña posterga la lectura de un libro muy deseado, para así prolongar su placer al leerlo, lo mismo ocurre al tener en manos *El silencio de los libros*, como si eso realmente pudiese ocurrir.

Así, como Alice/Alicia (¿por coincidencia?) del *País de las Maravillas*, que revela mundos fantásticos y paralelos, el lector de *El silencio de los libros* se ve entre caminos laberínticos que conducen a cada puerta/camino/línea y llevan a un nuevo descubrimiento, un nuevo acceso a los maestros de la Literatura universal.

Este libro, repleto de “insinuaciones”, nos conduce a un paseo por entrelíneas ajenas, a través de metalenguajes velados y muy bien ubicados durante la lectura.

Con el letrero insistente “TENER LIBROS ES UN CRIMEN, DENÚNCIELO”, se forma el trasfondo de esta novela/denuncia (a) temporal y muy pertinente en los tiempos modernos, en que la supervivencia de las editoriales y librerías se ve amenazada. El recuerdo de *Fahrenheit 451*, la novela distópica de Ray Bradbury, se hace presente sutilmente.

El incendio de una residencia, como si se convirtiera en cenizas todo un pasado, también se refiere a *La ladrona de libros* de Marcus Zusak, donde el personaje Liesel “robaba” libros que serían incinerados para poder sobrevivir en la vida real, al final estaba en la edad en que “*el día siguiente era todo lo necesario para superar traumas*”.

La referencia al *gen-C* hace una interlocución con el romance de Aldous Huxley, que en el *Un mundo feliz* trata de un Londres futurista que anticipa la manipulación genética.

Al igual que los narradores de Yahweh, dos personajes intentan mantener el registro de sus memorias para que no se sumerjan frente a una sociedad que se desvanece en su cultura, historia y tradición.

Los diálogos a los que se enfrenta el lector al entrar en el “*bosque – puerta para el futuro*”- al desentrañar los misterios del libro – son contruidos de tal manera y con tal habilidad que el ávido lector de descubrimientos no puede silenciar...

¿Silenciarlos? ¿Como? Con los libros “*Con los libros podemos trascender la banalidad de nuestro cotidiano*”...

Son ellos que, “*más allá de lo que ya revelan en la superficie*”, nos conducen a los “*recónditos*” de nuestras vidas, “*y a través de los*

*personajes conseguimos observar el mundo con otros ojos, saboreando vidas distintas a las nuestras y, así comprender mejor a quienes nos rodean”.*

Y, entonces, imaginó “*una mujer que le trae libros [...] un océano de libros, libros hechos de mar, las olas vertiendo en él los libros y alejándose, tomando un poco de él y dejando un poco de ella, ella, ola, ella, mar*”...

Diciembre 2018






# PRIMERA PARTE



*A través de los ojos de Alice:  
El desconcierto del mundo y el Extranjero  
que contaba historias*



## TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO.

ra la última tarde de invierno y el viento se sumergía en las grietas del muro cuando ella atravesó la calle bajo el cielo gris, con los ojos gachos, evitando el letrado sombrío. Fue uno de esos períodos de la Historia tan trágicamente adultos que lo absurdo sólo se hace visible a los ojos de la infancia: en un mundo de señal invertida, la base de la montaña, es su punto más alto, y su pico, es el vértice del abismo; no por otra razón, lo que sucedió allí sólo podía ser contado a través de los ojos de Alice.

Había letrados iguales por todas partes, es verdad, pero aquel, pegado en el muro, bien a la entrada del bosque, empeoraba todo. Algo así como una alerta máxima – TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO – recordando a la niña los peligros que corría por guardar su libro en casa. Eran apenas unas páginas viejas, pensaba, con la dedicatoria de la abuela y todo, pero habían sido prohibidas. Y era el único remanente de la antigua colección de su tío, un regalo escogido de la estantería repleta de libros que invitaban a una amistad genuina y encantaban a la niña incluso antes de que ella aprendiera a leer: de vez en cuando, todavía muy pequeña, la niña veía un

lomo de libro saltar del estante como si la desafiara “ven, devórame, descíframe” – y ella se metía entonces en devaneos, embriagada con los colores, texturas y olores del papel. Pero luego su tío fue arrestado por coleccionar libros y todos los volúmenes fueron destruidos, menos aquel, de historias, que su abuela había logrado ocultar en la vieja máquina de coser.

No siempre había sido así: la niña había oído hablar de una época remota y mágica, en la que se permitían leer historias en libros – lo cual, siendo algo bueno, ahora tenía la cara de un mito.

A la niña le gustaban las historias, pero no tenía quien se las contara. Los contadores de historias se habían ido, y ella andaba a la búsqueda de alguien que narrase el mar, los desiertos, las colinas. En aquel tiempo no sabía nada sobre el crimen, los grandes proyectos arquitectónicos o la Biblioteca de Babel, y entendía poco sobre los dolores y las cicatrices de las personas adultas. En aquel tiempo ella quería ser sabia.

Bajo el ataque de remolinos de polvo, ella cruzó la puerta de bronce y entró en el bosque. Niebla. Levantó el cuello de su abrigo para protegerse las orejas del frío, descendió alrededor de los sauces, tomó el puente de piedra y siguió el sendero favorito desde el que podía ver tramos del amistoso río. Las aguas del río Febros iban paseando por Vila Nova de Gaia, aquí y allí más rápidas sobre las piedrecillas amontonadas, después de nuevo serenas. Las aguas eran sinceras.

Alejándose del río, la niña se dirigió hacia la parte alta del bosque, pasó la mansión neoclásica, cerrada durante mucho tiempo, y finalmente llegó a la casa de hormigón rojo con paneles azules y amarillos: era su hogar, su fortaleza de tranquilidad y seguridad. Pero bastó abrir la puerta para ser agarrada y arrastrada escaleras arriba, rumbo al escritorio, bajo gestos mudos e inconfundibles que impusieron silencio. La niña fue arrojada a una esquina como tirar un papel arrugado a una cesta de alambre, y con la boca quieta y los ojos dilatados, esperó el siguiente acto, atormentada por lo que ya sabía que vendría después.

Sólo se escuchaba el sonido del papel siendo rasgado.

La niña escuchó el ruido, después otro igual, y otro, y otro más, las hojas de su precioso librito siendo arrancadas, las letras rotas, el libro desmantelado. La trituradora de papel fue encendida y la niña vio la portada a color desvanecerse en ella. Luego fue el turno de la hoja con la dedicatoria de la abuela. Después otras más. La niña iba viendo sus mundos convertidos en fideos sosos, la máquina escupía tiras de papel y letras, masticando el alma del libro, masticando a la niña. Y otra hoja, y otra, y otra más, las tiras de papel pareciendo nieve sucia. La niña lloraba sin hacer ruido, y quería creer que aquello se estaba haciendo sólo por protección; pero dolía saber que no podría haber reclamaciones – era una regla de la madre – y que nada se diría al padre – otra regla. Metida en el camión beige (casi siempre era así), la madre se fue sin explicar *cómo* había encontrado el libro: estaba escondido en el sótano entre las latas de queroseno, combustible del viejo modelo de avión de su padre. Con los ojos llorosos, la niña fue hasta la trituradora, abrió el compartimiento transparente, se secó los ojos y recogió su tesoro molido. Recordó cuando lo recibió de su abuela como un grande secreto, recordó las páginas arrugadas, la forma de las letras, la portada a color, los sustos, las risas, las letras dando las manos para formar palabras y el mundo. Intentó recuperar ese pequeño mundo en el papel cortado, pero ahora sólo eran tiras de letras. Aquí y allá identificó una “a” decapitada, una “e” desgarrada, una “s” asesinada; pero era sólo eso, las letras separadas no formaban palabras, ni oraciones, ni historias, ni nada; eran un Nada insuperable. Pensó en las letras como personas, ahora todas separadas, cortadas por la mitad; pensó que cuando las personas se separan, se convierten en personas rotas, y no se forma más nada; la esponjosa pila de papel no formaba ningún mundo en absoluto.

Pero, como por un hechizo, el montículo esponjoso le recordó el cabello nevado de su abuela, y el recuerdo atravesó sus ojos y se hizo agua. Luego se aferró al cabello de papel de la anciana.

Todavía aturdida, a través de la ventana, la niña vio el sol desvencijarse de las nubes en una grieta horizontal. Como un dios

moribundo, el sol incendiaba el final del día pintando todo de color naranja y rojo, y se iba deslizándose hacia abajo para descansar en el espacio vacío en forma de la letra “v” entre dos colinas, como si descendiera a un abismo.

La niña sonrió: disfrutaba del crepúsculo – especialmente cuando expulsaba el gris del resto del día. Pero ahora era una sonrisa torcida, temblorosa y torpe.

En la tarde de fuego, no había más ningún libro para leer.



Llegó la tarde siguiente y la niña repitió el trayecto; el cartel TENER LIBROS ES UN CRIMEN. DENÚNCIELO le parecía más y más repulsivo. (De hecho, en aquel tiempo, “repulsivo”, como tantas otras palabras raras, aún no era parte del vocabulario de la niña, pero sustituyó bien, años después, el adorable término “feo” que encontró anotado en uno de sus cuadernillos).

La niña había pasado la noche llorando por el libro, retorcida en la cama. Estaba muy triste. Pero también estaba en la edad en que el día siguiente era todo lo necesario para superar traumas para siempre jamás (para siempre jamás equivaliendo a unos veinte años) y podía alegrarse de nuevo con las trivialidades de la vida: enderezó a un escarabajo y sonrió cuando vio volar al animal. No era diferente cuando algún pajarillo golpeaba en los cristales de la ventana de la casa: ella lo levantaba rápidamente del piso, le dejaba correr agua fría de la tornera por el pico y después era sólo esperar el vuelo. Había sido así con un estornino manchado semanas antes, justo el día del cumpleaños de la niña. Pero fue una fecha de nada, sosa; no había globos, ni pastel, ni nada. En aquel tiempo, los días de los años ya no se celebraban, ni siquiera el de los niños pequeños – algo que a ella le parecía tan estúpido como destruir pequeños libros.

Al entrar en el bosque, inundada de ausencias, la niña pensó en el libro destruido y en la madre; y también en el padre y en la hermana. Los amaba. Pensaba en sus padres y en su hermana como

bonitas cajas de zapatos, de las que se apilan en las tiendas, muy juntas, pero sin verse una a las otras por dentro, sin ver a la niña. Ellos le tenían algún amor tal vez – un amor raquítico, si acaso –, y a veces incluso hubo ternura; pero fueron tan pocas las veces que el tiempo degolló la memoria: cuando de algo se tiene poco, aférrase con ahínco a ese poco; pero cuando ese poco es menos que poco, desaparece y se pierde en el polvo.

Los padres decían que la niña molestaba mucho a los adultos, no necesitaba saberlo todo, tenía que parar con aquella historia de historias – unas asnerías de esas. La llamaban loca. Entonces ella iría a la selva a la espera de algún evento fantástico: podría ser una fruta, un conejo, un pío, un espejo. No era exactamente una selva, pero a la niña le gustaba pensar que el bosque era bien sabio y podía convertirse en una.

Recordar el bosque da un impulso urgente de llorar.

Después del puente de piedra, la niña avanzó a lo largo del sendero acompañante del río y siguió encantada con el aroma del bosque, el susurro de las hojas y la robustez de los árboles. Como de costumbre, comenzó a recapitular los nombres de las cosas conocidas del bosque y también a inventar otros para las desconocidas. Distráida por el vuelo de una garza-real, llegó el tropiezo, y con él, su rodilla raspó el suelo. Enderezando sus medias, ahora desgarradas alrededor de su rodilla lesionada, se puso de pie. Rayos de luz caían del frondoso dosel, desentrañando parches azules del cielo y decorando el suelo con círculos iluminados. Acariciada por la brisa, que hacía su música en el bosque, la niña caminó sin prisa hasta que notó que se abrían las ventanas de la mansión – una novedad en meses. Ella se aproximó con rapidez, las hojas secas susurrando debajo de sus zapatillas y la casa del vecino fue creciendo en sus ojos: las columnas parecían carretes de hilo blanco, y las ventanas y los arcos daban ojos a las paredes de color paja, pudiéndose ver ahora encendida, en el interior, una lámpara de alabastro. Se detuvo, curiosa.

Un hombre salió de la parte trasera de la mansión con una de las manos bien cerradas y la otra agarrando un martillo. El cabello

negro peinado hacia atrás le daba una gran seriedad, y sus rasgos revelaban sabiduría y rectitud de carácter, su semblante mostraba la tranquilidad de alguien que, si no estaba despojado de pecados, al menos tuvo una buena pelea con ellos. (En realidad, estas cosas la niña aún no sabía, pero le gustaba pensar que las personas tenían sus almas publicadas en la frente).

El hombre tomó el camino hacia la cerca blanca hecha de estacas con puntas suaves. Él se agachó y su mano se abrió. Colocó el martillo en una esquina y con su mano libre tomó dos clavos de la otra mano y se los llevó a la boca. Sacó uno, lo sostuvo y lo condujo a través del agujero en la bisagra suelta, colocándolo en el lugar delineado por la antigüedad. Retiró el martillo y dio el primer golpe, pero el clavo se inclinó y tuvo que sacarlo haciéndole palanca. Empujó para sí una piedra de superficie plana, apoyó en ella el clavo que ahora parecía una cimitarra y, con golpes de quién sabe lo que hace, devolvió el clavo a la forma original, midiendo bien la fuerza para que no fuera de más ni de menos. Como si forjase una espada. Recomenzó. Esta vez los golpes fueron precisos y el clavo se fue mezclando con la madera, el orden regresando al bosque, el hombre agigantándose al clavar de la forma correcta, el clavo correcto, en la madera correcta.

Tomó el segundo clavo, brillante y sublime. Pero era otro clavo obstinado que se negó a doblarse y, con el golpe, brincó. El hombre se levantó y cruzó la abertura de la pequeña puerta; reclinó la espalda, ancha como el Atlántico, se arrodilló, se dobló las mangas de la camisa y con la mano derecha fue tanteando la vegetación rastrera.

La niña se deslizó hasta el borde de la pequeña cerca sin ser notada, con el verde y el rojo de su uniforme escolar mezclándose con el follaje y las flores, su largo cabello mimetizando el marrón del tronco de los árboles. En una de las manos apenas llevaba el *tablet* del colegio y, en la otra el cuadernillo de tomar notas, el cuadernillo que no soltaba – lo que le había valido entre sus compañeros de clase la reputación indeseable de rara, la dolorosa falta de amigos y



el apodo de “La cuadernillos” (le decían “Cuadernillos, ven aquí”, “Cuadernillos, tome nota de este insulto en sus cuadernillos” y, con algunos capirotaos que ponen a arder las orejas, “Cuadernillos, ve a hablar con los viejos, que gustan del papel”).

Ella dio unos pasos más y se detuvo dentro de sus zapatillas – siempre de numeración mayor para poder mover los deditos, como le gustaba. Movi6 sus deditos.

– ¿El señor vio por ah6 una gata? – pregunt6 la ni6a.

Todav6a arrodillado, el hombre se mostr6 sorprendido. Su cabello parec6a revivido con tinta, leves arrugas revelaban que 6l sonre6a con todo el rostro, sus orejas eran peque6as; pero fueron los ojos los que intrigaron a la ni6a, pareci6ndole a ella dos esferas pulidas, de la tonalidad que se ve en el horizonte cuando sale el sol. El hombre la miraba, como lo har6a un chico de la edad de ella – como si en aquel rostro adulto hubieran plantado ojos ingenuos de un ni6o.

– Vi un gato temprano – respondi6 6l.

– ¿De qu6 color?

– Creo que era negro, marr6n y beige – dijo, levant6ndose, robusto y rocoso, ahora luciendo como un *moai*.

– Entonces no era un gato. De tres colores, solamente hembras. Al menos mi abuela dec6a eso. Ella era la due6a de la gata.

– Su abuela...

– Mi madre dice que ella se convirti6 en una estrella. Pero s6 que muri6. Finjo no saber, para que mi madre no se ponga triste. Mi abuela dec6a que, cuando ella muriera, vivir6a en la gata; para protegerme y para que yo no la extra6ara. Tamb6en dec6a que, si un d6a la gata se fuera, era porque ya no necesitaba m6s de su protecci6n. ¿El se6or va a vivir ah6?

– Eso mismo. Estoy haciendo algunas reparaciones.

– ¿No quiso llamar a alguien para arreglar eso? – pregunt6 la ni6a, se6alando a la peque6a puerta de madera.

– Me gusta arreglar las cosas.

– ¿Eres portugu6s?

– No. Vengo de Brasil.

- ¿Usted tiene una hija para jugar conmigo?
- Infelizmente no tengo familia. Viviré solo aquí. ¿Y tú, dónde vives?
- Allí, soy tu vecina. Siempre vuelvo de la escuela por el bosque. Artemisa normalmente me espera en el camino, pero desde ayer no aparece.
- Artemisa...
- Mi gata.
- Entiendo... Pero, ¿por el bosque? ¿Y sola? ¿No es peligroso?
- Sólo si el señor tuviera miedo de comadreja. Hay muchas de ellas. Son mis amigas. ¿Puedes venir a mi casa?
- Bueno... tengo varias cosas que hacer aquí y...
- Mi papá siempre dice eso. Él siempre tiene cosas que hacer. A mí me gustaba mi abuela y mi tío. Ellos tenían tiempo para los niños, contaban historias. Ahora nadie más cuenta.
- Disculpa. También me gustan las historias.
- Mi abuela y mi tío contaban unas muy buenas.
- ¿Y en la escuela? ¿No leen buenas historias allí?
- Aburridas. Ellos dan una historia y todo el mundo cambia todo. Cuando el príncipe se encuentra con la princesa, llega un aburrido y hace que el príncipe muera en la historia. Luego viene otro y lo hace vivir de nuevo. Ahí viene uno y hace que la princesa ya no quiera más al príncipe. Viene otro y lo cambia todo, diciendo que no hay más príncipes ni princesas. Nunca termina. Un fastidio. Realmente me gustaban las historias de mi tío y de mi abuela. Tenían un principio y un final.
- ¿Medio también?
- Eso. Medio, principio y fin.
- ¿Cómo te llamas, señorita?
- Alice Maria Crástino. Pero en casa sólo me llaman “niña”. Usted puede llamarme Alice. Si quieres.
- Es un placer conocerla Alice. Me llamo Santiago – dijo, inclinando su cuerpo en una reverencia.
- ¿Sólo Santiago?

- En verdad, Santiago Pena.
- ¿Sólo eso?
- Está bien, ya me tienes. Santiago Pena de Jesús.
- Ahora sí, señor Pena. ¿O debería llamarlo de otra manera?
- Puedes llamarme Santiago. Si quieres.
- Muy bien, señor Santiago. Ahora me tengo que ir.

La niña abandonó el lugar con gran satisfacción: sabía que a partir de ahí surgiría una gran amistad, algo que cambiaría su vida.

En verdad, ella no sabía nada, pero así era como gustaba de contar la historia.



La mañana siguiente presentó sorpresas para la niña: su madre, generalmente refractaria a las novedades, interrumpió su leche con tostadas para insistir en encontrarse con el hombre que acababa de mudarse a la mansión. El padre intentó eludir, habló de compromisos, se quejó de la falta de tiempo, dijo que no había razón para meterse con los vecinos. Como de costumbre, fue vencido, y cuando terminaba el pastel de nata, cabizbajo, estuvo de acuerdo. Metido en unos pantalones plisados más ajustados de lo que debía, su padre se puso la corbata – la punta, como siempre, por encima del lugar correcto –, teniendo el collarín apretándole el cuello gordo, todo confiriéndole un aire divertido e inofensivo de un pelícano. Cuando no estaba con sus electrónicos o colecciones, el padre era cariñoso e incluso le enseñaba cosas a la niña, hablaba de la importancia de hacer todo con seguridad, ser medido, ser puntual. La niña adoraba a su padre. También adoraba a su madre y a su hermana, aunque con ellas tenía menos prosa.

Conducido por la madre de la niña, antes de ir a trabajar, el padre caminó hasta la residencia de su vecino – la última de la Calle del Bosque y la única que hacía divisa con el terreno de los Crástinos. Agachada detrás del arbusto, la niña vio a su padre presentarse e invitarlo a cenar; avergonzado, el señor Santiago, quien insistió en

ser llamado sólo por su primer nombre, aceptó. Solamente después de que el padre se fue, la niña dejó el escondite, asumiendo una leve culpa – su madre siempre la llamaba de chismosa, quería saber demasiado, debía de parar con aquello, no tenía que hablar con todo el mundo. De hecho, la niña era todo eso y, por lo tanto, actuaba según el derecho de todos los niños: ser chismosa. Le gustaban las aventuras, conocer cosas, el sonido de las palabras – especialmente las que evocaban viejas historias. Le gustaba escuchar conversaciones y repetir las líneas de los demás para sí misma, imitando las voces para memorizar. Como coleccionista de palabras, anotaba todo en sus cuadernillos. No entendía muy bien lo que decían los adultos, pero abrazaba las palabras de todos modos – para cuando fuera grande y sabia.

Más tarde, al regresar de la escuela, la niña se encontró con un hombre de traje gris plomo parado al lado de la casa del señor Santiago. Sacando del bolsillo de su pantalón un catalejo retráctil, el hombre espío por el vidrio de la ventana al interior de la casa, y con el movimiento ascendente de sus brazos, se levantó la chaqueta del traje, revelando colgado en su cintura, el objeto reluciente: un arma.

Repitió el procedimiento en dos ventanas más. Luego, señalando al chico que estaba al lado de un coche de policía, sacudió la cabeza en señal negativa. Se fueron a toda prisa.

Seguramente no era nada, pensó la niña, que, con la expectativa para la cena, veía que aquel día de primavera se desarrollaba en una larga espera, una ansiedad desenfadada que sólo terminaría en la tarde.



– ¡Ha llegado el extranjero! – Gritó la madre de la niña desde el fondo de la casa.

A las 20:27 por el marcador digital de la televisión, tres minutos antes, Santiago se paró frente a la casa de los Crástinos, sosteniendo una botella de vino en la mano. La niña estaba en el sofá con sus

ocho muñecas, y por la rendija lateral de la puerta consiguió ver al invitado allí parado, su chaqueta negra sobre el chaleco del mismo color, el tronco erguido en una altivez de roble.

Diminuto en sus pantalones anchos, su padre abrió la puerta y, con las manos empapadas de sudor, dio la bienvenida a su vecino. Mientras desempañaba sus espejuelos rectangulares, su padre dijo que no era necesario Santiago haber traído vino, pero aquel era de los buenos y que algo así no se negaría. Detrás de su padre llegó su madre con tacones que ella no había estado usando durante mucho tiempo, metida en un vestido blanco satinado con hombros desnudos y senos casi en exhibición, entre los cuales había un collar que combinaba con los pendientes de piedra azul, todo en insidiosa armonía.

– Buenas tardes, señor Cícero Crástino – dijo Santiago ceremoniosamente al padre de la niña.

– Buenas tardes, señor Santiago. Esta es mi esposa, Louise.

– Encantada de conocerla, Sra. Louise. Gracias por su invitación.

– El placer es todo mío. Y gracias por aceptarlo – respondió la madre, torciendo la boca con una sonrisa inusual, mientras mantenía su voz áspera y sus ojos siempre desviados (la madre enfrentaba a los niños, pero desviaba los ojos cuando un adulto le hablaba).

– Si me permite la curiosidad, ¿la señora es brasileña?

– Portuguesa, ciertamente – respondió la madre.

– Me disculpe – dijo Santiago avergonzado. – Aunque he estado viviendo en Portugal durante meses, todavía no me he acostumbrado al hecho de que en las ciudades más grandes se habla como allá en Brasil.

– Hablamos el mismo idioma, ¿no? – interfirió el padre.

– Sí, pero me refería al antiguo acento portugués – respondió Santiago.

– Ah... Bueno, como ya sabrás, ya no hablamos así – dijo el padre.

– ¿Vino con la familia a Portugal? – era el turno de la madre.

– No. Vivo solo aquí.

La niña se acercó, pero se quedó mirando, sin decir nada.

– Hola, Alice.

– Hola, señor Santiago – habló ella, temblorosa, emocionada de ser llamada por su nombre. – ¡El señor vino hasta mi casa! ¿Ya puedes contarme una historia?

– ¿Qué es eso, niña? No molestes al señor Santiago – se irritó el padre, apretando el hombro de su hija.

– Ve a jugar con tus muñecas – corrigió la madre.

– De acuerdo, Alice. Quizás en otra ocasión pueda contar una historia – dijo el invitado.

– Papá siempre dice eso. En otro momento...

– ¡Calma, niña! – dijo el padre severamente – Subiré con nuestro invitado a la oficina.

– ¿Vas a molestar al vecino con tus colecciones, querido? – ¿Los bates y esas viejas cosas de vinilo de rock? Después no volverá más aquí...

Santiago cortésmente interfirió:

– Está bien, señora Louise.

Los hombres subieron las escaleras, solemnes como si integrasen una procesión fúnebre. La madre fue a la cocina, y el ruido de los cubiertos vino de allí. La niña estaba alineando las muñecas en dos filas de cuatro mientras escuchaba a su padre explicarle a Santiago el origen de cada bate, sus efectos sobre la pelota y el nacimiento de su pasión por el béisbol en la juventud cuando estudió en los Estados Unidos. Con un grito, su madre anunció la cena y ellos bajaron las escaleras.

La madre se sentó en la silla tapizada de rojo, se miró en el rombo pulido de la pared opuesta y se alisó el cabello hacia atrás, exponiendo su cara triangular con pecas claras; como de costumbre, se quedó golpeando las puntas de las uñas recién pintadas de marrón, en los pies de la mesa.

– Cariño, ¿dónde está Beatriz? – el padre tenía expresión seria.

– Ella dijo que vendría más tarde. Disculpe, señor Santiago. Nuestra otra hija también debería estar aquí para recibirlo. Adolescente. Ya sabe como es.

– No se preocupe por eso, por favor – dijo Santiago, moviendo el enorme reloj que cubría su muñeca y el dorso de su mano.

Enmarcada por el papel de pared beige con diseños abstractos, su madre, que ahora parecía una pintura cubista, dijo que había hecho dos de sus especialidades: caldo verde y lamprea. Destapó la sopa transparente y el refractario, liberando olores por toda la sala y, manipulando los platos con bordes decorados con espirales rojas, sirvió al invitado, luego a sí misma, luego a la niña; le pasó el cucharón al marido sin mirarlo y se volvió hacia Santiago:

– ¿El señor va vivir allí?

– Me quedaré por mucho tiempo. Tengo algunas actividades para desarrollar en el Puerto.

– Si no me equivoco, el señor mencionó estar en Portugal hace algunos meses. ¿Negocios? – preguntó la madre, desplegando lentamente la servilleta de lino.

– No exactamente. Trabajo para una fundación cultural. Desarrollamos colaboraciones para la promoción de las Artes.

El padre se excusó para contestar su teléfono celular y dejó la mesa bajo la mirada de desaprobación de su esposa, quien continuó hablando con el invitado.

– Debes viajar mucho, ¿no? ¿A Brasil también?

– Viajo bastante, pero no he vuelto a mi país desde que me mudé para acá.

– Dijo no estar con la familia. ¿Amigos por aquí?

– No. Estoy realmente solo. Pasé un período en el campo, en Cima-Corgo, con algunas interrupciones para viajes al extranjero; pero fueron viajes rápidos desde los aeropuertos a las salas de reuniones y viceversa. Tengo contactos en muchos países, pero no puedo decir que haya hecho amigos.

– ¡Pues el señor tendrá amigos en esta casa!

– Gracias por la acogida, Sra. Louise – dijo Santiago, inclinándose con su típica reverencia.

– ¿Conocías al viejo dueño de su casa? – preguntó la madre.

– Un tal António, me parece. Por lo que supe, un hombre culto y muy ocupado.

– Creo que sí. Nunca se quedaba ahí. La casa siempre estaba cerrada.

Con el largo silencio del invitado, la niña aprovechó la oportunidad para hablar:

– ¿Ya puede contarme una historia, señor Santiago?

La madre intervino, era para que la niña se quedara quieta, no molestará. Santiago prometió que después de la comida podría intentar, y en ese momento el padre regresó disculpándose por la interrupción y volvió a sentarse en la mesa. Fue entonces cuando escucharon un golpe en la puerta principal. Beatriz apareció con un pequeño vestido negro y tacones desmedidos que hacían un toc-toc irritante, los ojos mediocres de tan pequeñitos delineados con lápiz número 2, su cabello desgarrado por un delgado mechón descolorido. El escote exponía algo de juventud, y en el puño llevaba aros de todos los colores, los que nunca permitía tocar a la niña. Sin ninguna prisa, Beatriz se quitó los auriculares de los oídos, que probablemente contenían *acid jazz* – algo que escondía de sus amigas, pero la niña lo sabía.

– Llegas tarde – dijo el padre. – Saluda a nuestro invitado.

– Hola – murmuró Beatriz, sentándose con soberbia.

Era su forma, inalterable. Incluso en aquellos días, cuando una amiga había muerto por consumir algunas piedritas – algo que la niña no podía entender –, Beatriz no se mostraba preocupada, ni siquiera molesta; sólo distante.

– Sr. Santiago, lamentamos los malos modales de nuestra hija – dijo la madre. – Beatriz, necesitas conocer bien a las personas y...

– ¡No quiero conocer a nadie! – gritó Beatriz, quien cuando estaba irritada hablaba de una manera inusual, pareciendo hacer desaparecer las vocales.

La madre reanudó:

– Beatriz, saluda a nuestro invitado. *Adecuadamente.*

Ella ignoró a la madre y colocó un cucharón de caldo verde en el plato hondo. Se quitó los zapatos, apoyó los pequeños pies en la



silla de al lado y con el tronco todo retorcido como un sacacorchos, comenzó a comer mientras jugueteaba con su celular. La madre resopló, se llevó una mano a la boca, intercambió miradas con su marido, hizo un ruido con la cuchara tocando el plato. Pero como no había mucho que hacer con la hija que todavía tenía que ser amansada, los adultos reanudaron la conversación, ahora animados por las respuestas que el vecino tenía que dar a las muchas preguntas de los padres de la niña. Los Crástinos lanzaron a la mesa breves notas biográficas, y en aquella noche Santiago supo del negocio del padre en la rama de seguros; supo también que la madre era formada en Comunicación, pero que había renunciado a su trabajo cuando nació su hija menor; también supo que la pareja había decidido que su madre ya no trabajaría – para tener tiempo para los niños, dijo la madre.

– Ya no soy una niña – gruñó Beatriz. – Y mamá sólo mira televisión. Todo el día.

– ¡Beatriz! – esta vez la madre gritó.

La hija mayor inteligentemente no prolongó la confrontación, sabiendo que no podía con la madre de quien había heredado el genio – insistente, pero cautelosa. Sin embargo, Beatriz no sacó de la madre, el cabello castaño claro, casi rizado – el de la adolescente era tan negro y lacio como el de su padre –, ni las pecas, ni los ojos verdes. Aún así, la mezcla era hermosa: con curvas bien definidas, Beatriz parecía una jarra de porcelana china con cabello de india americana.

– Papá, ¿el señor vio el vestido nuevo de Emilia? – preguntó la chica de repente.

El padre no respondió.

– ¿Papá. Papáaaaaaa. Papito. Papi?

– Habla rápido – dijo bruscamente el padre, que sudaba más que los otros hombres que la niña ya había visto y siempre se quitaba las gafas antes de hablar.

– ¿El señor vio el vestido nuevo de Emilia?

– ¿Emilia? Ah, sí, bueno, sí, claro que lo vi... ¿Quién es Emilia?

–Ya te lo he dicho más de mil, más de cien veces, papá. Esa aquí, mira. La que tiene el cabello amarillo.

– Sí... Sí... Oh, muy bonito. Ahora deja que papi converse con nuestro invitado.

La cena se llevó a cabo sin ninguna otra interferencia de las hijas, con una pausa para cambiar los platos hondos por los lisos, y los adultos hablando sobre temas que van desde el cambio climático hasta las posibilidades de que el equipo portugués gane la próxima copa mundial de fútbol. Pero las conversaciones seguían trunca-  
das, comenzaban y morían con risas vacilantes, todo intercalado por las habituales interrupciones de la madre para decirle al padre que comiera más despacio. Pero en un momento, demasiado atenta al invitado, la madre se puso un enorme pedazo de lamprea en la boca, más grande de lo que podía masticar, y se atragantó. Ligeramente se deshizo de la maza envolviéndola en su servilleta, y unos segundos después se levantó para reemplazarla por otra, se apresuro regresando de la cocina; pero tuvo que correr hasta allá de nuevo, furiosa, para buscar un paño – el padre acababa de dejar caer la jarra de agua sobre la mesa.

La curiosidad de los anfitriones se agudizó y las preguntas dejaron de ser genéricas, y la conversación se volvió más informal a medida que las copas de vino continuaban. Abrieron otra botella y otra más. Los padres pidieron detalles sobre los proyectos de tal fundación cultural, y Santiago dijo haber sido invitado para integrar un grupo que reivindicaba el retorno de los libros.

Marido y mujer se miraron estupefactos.

– Pero... ¿Para qué? – preguntó el padre. – Nadie más leerá un libro completo. Los pocos que se aventuran en la pantalla luego usan las herramientas de modificación y crean su propia historia sobre la original. La interactividad sin restricciones, una de las principales ventajas de nuestro tiempo, es democrática; los libros no eran democráticos en absoluto: congelaban la visión del autor.

– Si me lo permiten, yo no estoy de acuerdo – dijo Santiago. Hay varias capas de lectura, y un libro puede convocarnos a la reflexión,

confrontarnos, deleitarnos. Revivir el placer de la lectura, es exactamente lo que el grupo pretende. Por cierto, habrá un evento sobre el tema en el Centro de Fotografía de Portugal la próxima semana. Si pueden asistir, será el martes por la noche.

– ¿Por qué en un centro de fotografía? – preguntó el padre.

– Son socios de la fundación, y los estamos ayudando a no cerrar sus puertas. No sé si sabe, pero, así como hubo la prohibición de los libros, se inicia ahora un movimiento semejante por el fin de las fotografías impresas y también de las fotos digitales protegidas contra las alteraciones. El argumento es el mismo: “congelarían” una visión del mundo, y por eso sólo deberían ser autorizadas las fotos disponibles en las redes donde cualquiera pudiera hacer modificaciones.

– Comprendo – dice la madre. – Incluso me gustan las viejas fotos impresas. Ya en cuanto a los libros... Nadie más tiene tiempo para leer...

– Bueno, cariño, si vieras menos la televisión...

– ¡No es nada de eso! – se molestó la madre. – Es que en los libros no había respuestas inmediatas. Y me gusta tener todo lo que quiero con rapidez.

Hubo un vacío de voces, los anfitriones esperaban que Santiago dijera algo. Pero no lo hizo. La madre miró a la niña y ella entendió el mensaje: “ni una palabra sobre el libro picoteado”. No se había dicho nada desde la trituradora de papel, y tampoco se diría: la madre no permitía que el padre supiera – eso le daría municiones para más burlas sobre la abuela de la niña.

Por obra de la madre, la conversación se dirigió a otras bandas y los adultos hablaron del flagelo reciente en un país africano – algo triste pero necesario para la supervivencia del más apto, dijo la madre (algo más que la niña no podía entender). Santiago eludió y preguntó si no era peligroso para la niña caminar sola por el bosque. Sus padres dijeron que ya le habían ordenado que usara el otro acceso al vecindario, pero la niña insistía en cortar camino por el bosque. El vecino preguntó por la escuela, si era buena, y el padre

dijo que sí, había dos de igual calidad en los alrededores, una más lejos y otra más cercana.

– Optaron por la más cercana, imagino.

– En realidad, no – le dijo el padre a Santiago. – Ambas tenían educación bilingüe, que era nuestro requisito. Al final, decidieron por nosotros – finalizó, mirando para la esposa.

– ¿El señor quiere decir que *ella* decidió? – preguntó Santiago, sonriendo, con la cabeza inclinada hacia la madre de la niña.

– No es bien así – respondió el padre. – La proximidad sin duda sería una ventaja; pero utilicé dos veces la aplicación de consulta aleatoria y esta indicó la escuela más lejana. Entonces *tuvo* que ser esa.

Con la frente poblada de pliegues de expresión afligida, Santiago miró a la madre de la niña.

– Mejor cambiamos de tema. *Detesto* esas cosas electrónicas que mi marido y Beatriz usan – dijo la madre, cáustica, mirando al padre. – Deciden todo en base de la suerte.

La niña también odiaba las cosas decididas en base a la suerte. En eso, ella concordaba con la madre, con quien, por cierto, había aprendido el verbo *detestar*, copiando la forma divertida de doblar las cejas al decir “detesto”.

– Como puede ver, señor Santiago, mi esposa es resabiada a las innovaciones tecnológicas – resumió el padre. – De lo que ella no se da cuenta es de que el método aleatorio es lo más seguro y justo ya adoptado en toda la historia de la Humanidad. Y eso por una razón muy simple: porque está perfectamente en línea con lo que es el universo, y lo que somos nosotros – una combinación aleatoria de factores infinitos. Hace tiempo que superamos aquellas tonterías sobre elección y responsabilidad, valores, libre albedrío. Nada más ligero para el corazón humano que poner todo en la grandiosa mano de la suerte.

El rostro de Santiago como que se derretía y parecía que iba a decir algo serio; pero la madre se levantó y le pidió al marido, no muy cortésmente, que la ayudara a quitar los platos de allí, evitando así la continuidad del asunto. Desconcertado, Santiago ofreció ayuda, que fue rechazada cortésmente. Desde la puerta que daba para la cocina, la madre le

preguntó al invitado si aceptaba postre. Él le agradeció, ya estaba satisfecho. La madre insistió, pero, para suerte de la niña, no consultada, Santiago dijo no ser de muchos dulces y nada más vino a la mesa de cenar.

Ya en la sala de estar, la madre sirvió café en las tazas amarillas – la niña prefería la vieja loza portuguesa, desafortunadamente abandonada en el sótano. Beatriz quería ir a su habitación, pero su padre lo prohibió: su hija tendría que quedarse con ellos hasta que el invitado se fuera. Ella se enfureció, insultando, hablando a golpes como todos los adolescentes de la época, pero finalmente se rindió y se dejó caer en el sofá de la sala.

Después de llenar las copas con vino Oporto, la madre tomó la chaqueta que Santiago había extendido sobre el brazo del sofá y la colgó en una silla; pero ella no consiguió el equilibrio deseado, la ropa insistía en inclinarse para uno de los lados.

– Hay algo pesado en su chaqueta, Sr. Santiago – dijo torpemente la madre.

– No se preocupe por eso, Sra. Louise – respondió él, tenso en la silla de cuero negra. – Es que llevo un cuaderno de notas en el bolsillo lateral.

– ¿Cuaderno de notas? Mira, cariño, tu vieja madre hacía lo mismo – ironizó el padre.

– Y la niña también se hace con algunos cuadernillos, señor Santiago. Escribe todo. Nunca nos deja ver. Es su pequeño secreto – agregó, sirviéndose una vez más Oporto. – Por cierto, Sr. Santiago, ¿qué es lo que se hace con un cuaderno en los días de hoy?

– Una de esas promesas que hacemos y no cumplimos integralmente. Lo obtuve de alguien importante para mí y...

– Qué cosa tan antigua... – interrumpió Beatriz, sin apartar los ojos de la pantalla de su celular.

– Es verdad. Soy anticuado. Y de la promesa, sólo he cumplido la parte de llevar el cuaderno. Para escribir me falta el tiempo.

Santiago pareció distanciarse de allí, como si pensara no en el dilatado tiempo de los niños, pero sí en el achatado tiempo de los compromisos de los adultos.

La niña había dejado la mesa y se encontraba en la puerta del comedor, de pie y en equilibrio; cuando intentó el paso, sin embargo, dos muñecas de trapo cayeron al suelo. Las muñecas no resultaron heridas, por supuesto, pero ella se asustó y sus ojos buscaron los de su madre, pidiendo disculpas y ayuda.

– ¡Maldita seas, niña! ¡Siempre esas muñecas de aquí para allá! – se exaltó la madre.

– Ojalá tuviera ocho brazos – dijo la niña, con los ojos puestos en el invitado.

– ¿Puedo saber por qué? – preguntó Santiago, sonriendo.

– Uno para cada muñeca. Siempre se caen. Señor Santiago, ¿ahora ya es otra hora? ¿El señor ya me puede contar una historia?

– ¡Deja de molestar a nuestro invitado, niña! Señor Santiago, lo siento. Esta niña tiene el maldito gen de la abuela. Debemos protegerlo de ella – afirmó el padre.

Santiago estaba aturdido como si lo hubieran golpeado en la nuca. Al darse cuenta, el padre enmendó:

– Puede estar tranquilo, Señor Santiago. La niña no tiene el gen criminal. Nadie en esta familia lo tiene. Estás a salvo con nosotros. Nadie aquí es capaz de realizar ningún delito. Al hablar de un maldito gen, me refería al hábito de molestar a otros con esta cosa de leyendas, fábulas e historias. Mi suegra era terrible.

– ¿Y la historia, señor Santiago?

– Los padres iban a regañar a la niña otra vez, pero esta vez Santiago se adelantó:

– No soy un buen narrador de historias, Alice, pero conozco algunas. Puedo intentar.

– No se preocupe por la niña, señor Santiago. Ella vive pidiéndome eso a mí y a su padre – intervino la madre.

– ¡Y ustedes nunca cuentan! Mamá siempre tiene un programa de televisión, papá tiene que trabajar, Beatriz finge no verme. Por favor, Señor Santiago, sólo una pequeña historia...

– De acuerdo, Alice.

La niña se acurrucó en el puf blanco, frente a Santiago, y colocó las muñecas en dos filas de cuatro. Ella sólo tenía ojos para el vecino que ahora contaba una historia corta, pero intensa en los peligros, con isla, laberinto y Minotauro, – la primera de tantas historias que revelarían la atención dedicada de Santiago a la niña.

Había tantos detalles en el relato que, al principio, la niña pensó que el protagonista de la historia era el propio narrador, el vecino extranjero escondiéndose mientras hablaba como si fuera de otra persona; entonces, algo sorprendente – ya no había diferencia entre el mundo de la historia y la habitación donde estaban; luego un breve regreso a casa cuando escuchó el sonido de una copa siendo puesta en la mesa; y luego, creció el asombro, porque parecía ser ella misma, la niña, que buscaba un hilo en el laberinto.

Al escuchar la entonación que indica el final de la historia, la niña saltó.

– ¡Fue como en las historias de mi abuela y mi tío! – se regocijó, abrazando al invitado alrededor de su cuello.

Los padres no dijeron nada.

– ¿Dónde el señor aprendió esa historia?

– En un libro viejo, Alice.

– ¿El señor tenía muchos?

– Tuve pocos libros, pero antiguamente existían lugares llamados bibliotecas, y en ellas se podía leer libros e incluso tomarlos prestados. Infelizmente, todos fueron quemados.

– Qué triste... – dijo la niña, todavía aferrada al narrador de historias.

La madre sirvió más vino de Oporto y el padre pasó los dedos por su celular.

– Pero *realmente* me encantó la historia – dijo la niña mientras se desprendía de Santiago.

– Qué cosa más estúpida... – se burló Beatriz.

– ¡No es no! – se indignó la niña.

– Sí lo es – dijo Beatriz.

– ¡Paren ya! – gritó la madre.

La niña estaba perdida en sus pensamientos sobre su abuela y el libro destruido. Tal vez el libro se había ido porque era hora de que llegara Santiago. Tal vez las cosas tendrían que irse, aunque eso fuera triste, para que otras pudieran venir. Pero como se le prohibió hablar del asunto, pensó que también se le había prohibido pensar en el asunto, y entonces detuvo el pensamiento. Recogiendo las muñecas que tenían el aroma de la infancia, las levantó una por una, presentándolas a su vecino: Emília, Azul, Bolinha, Miloca, Faquiolina, Joninha, Lua y Zazá.

-Tuve una idea – dijo Santiago.

El narrador de historias se retiró a la mansión y regresó minutos después con un rollo de cuerda fina de nylon y una tijera; silencioso al abrir la puerta, casi sorprendió al padre de la niña, que se burlaba de la palabrería formal del nuevo vecino. Santiago se sentó en el mismo sillón que antes, cortó un trozo de cuerda de unos tres metros y comenzó a hacer amarres de aquellos que saben los hombres de muchas aventuras en el mar, formando una línea intercalada con lazos suaves. Tomó las muñecas, pasó el pulso de la primera muñeca por el primer lazo y la apretó. Pasó el pulso de la segunda muñeca sobre el segundo lazo y la apretó. Pasó el pulso de la tercera muñeca sobre el tercer lazo y la apretó. Y fue así, siempre bordeando la parte posterior de las muñecas con el propio hilo, que llegó a la octava muñeca. Cortó las sobras, se levantó, abrió los brazos, teniendo cada punta del hilo en una de las manos, y mostró las muñecas, ahora unidas como las letras de un libro.

La niña acompañaba tranquila, parada en la alfombra, mirando a Santiago que, con la espalda erguida y el pecho inflado, parecía un personaje noble de historias olvidadas.

– Listo. Ahora tus muñecas ya no se caerán más – dijo él. – Y ni siquiera necesitarás de ocho brazos.

– Gracias, señor Santiago.

Él se arrodilló, entregándole las muñecas a la niña, y ella le tocó el hombro, como una reina que ordena a su caballero.

– El señor es una persona tan buena... – dijo la niña.



Santiago guardó silencio como si visitado por la sorpresa, como si ese simple comentario lo hubiera arrojado a la memoria de algo lejano. Luego le dio las gracias con una sonrisa, como hacen los genios y los confusos.

– Gracias, Alice. Realmente eres adorable. He estado tratando de... y se interrumpió, como si hablara para sí mismo y su voz menguara.

Levantándose con los ojos húmedos, Santiago dijo que era hora de irse a casa y se disculpó con los adultos por la mala historia – no quería haber causado conflicto entre las hermanas. Los padres le pidieron que disculpara la dureza de la hija mayor y la impertinencia de la niña, que gastó el tiempo de él con tonterías. De ninguna manera respondió Santiago: todo había sido muy agradable.

– El placer fue *todo mío* – dijo la madre, haciendo hincapié en “todo mío” y exhibiendo los dientes azulados de vino, con la boca abierta en sonrisas imprudentes. – Quédese un poco más.

– Me encantaría, señora Louise. Pero no había exagerado en el vino durante mucho tiempo y tengo un poco de sueño – reflexionó Santiago mientras levantaba la chaqueta del traje que se había deslizado de su silla sin que nadie lo notara.

La niña vio algo debajo de la silla y corrió hasta allí. Levantó el objeto, un cuaderno. La cubierta blanca tenía líneas paralelas entre las cuales alguien había escrito un nombre con bolígrafo azul. La niña leyó los escritos: “Hilário Pena”.

– Señor Santiago, esto debe haberse caído de su chaqueta – dijo ella...

El se viró, y parecía aterrorizado. Luego se agachó a la altura de la niña y, recibiendo su cuaderno, le dio las gracias y lo deslizó al bolsillo lateral de su chaqueta, desfrunciendo el ceño aliviado.

En la despedida, su madre confirmó con el vecino la fecha y hora del evento del libro y le preguntó a su esposo si tenía la intención de ir. El padre respondió que dependería de su trabajo, trataría de regresar a tiempo, avisaría a Santiago en su casa. Mejor por el celular, dijo Santiago, comunicando que iría a Lisboa por la

mañana y que solamente regresaría el martes de la otra semana, el día del evento.

Tan pronto como Santiago se fue, la madre se paró en la ventana, con los ojos lascivos fijos en la casa del vecino. La niña apareció desde abajo y, copiando a la madre en la postura, puso una de las manos sobre el cristal frío. Beatriz se fue diciendo que iría a una fiesta en Matosinhos y que volvería a las dos de la mañana. Regresó a las tres, cuando la madre dormitaba frente al televisor de la sala, mientras el padre visitaba un sitio de chicas tatuadas, de la edad de Beatriz, que se habían olvidado de ponerse la ropa.

La niña no entendía por qué sus padres nunca se acostaban al mismo tiempo. Parecía que nunca dormían. Ya a la niña le gustaba dormir mucho. Sin embargo, atípicamente insomne esa noche, encendió la luz de la habitación y comenzó a colocar las muñecas en el estante, asegurándose de que ninguna cubriera los dibujos de lavanda del papel de pared – a excepción de los dibujos de plantas lilas, el resto de la habitación tenía aire de clínica, sin decoración, sin cuadros (no dejaban que la niña colgara nada), sólo las paredes de color hielo, la cama pequeña, el armario y la cómoda – escritorio. Después, la niña paseó por la casa y se aferró nuevamente a la ventana que daba a la mansión.

En la madrugada, la casa del vecino bailaba en el bosque sin tocar el suelo.



La niña pasó parte de la noche escribiendo en su cuadernillo la historia contada por el nuevo residente de la mansión. Pensó en Santiago y que, si fuera padre, podría contarle a una hija historias junto a la cama. Sin duda contaría. Se encantó con la idea. Ahora podría tener dos padres: uno que la conocía desde que era un bebé, y ese, el Señor Santiago, el “padre de las letras”. Le gustaba eso – no veía problemas en tener dos padres. El señor Santiago podría ser su padre de las letras narrador de historias. Mejor, sería el abuelo que

no conoció. Sí, el señor Santiago sería el abuelo que ella no tuvo, y seguro sería un abuelo tranquilo como el río Febros que serpenteaba por el bosque de la niña, narrador de historias como la abuela que vivía en la gata desaparecida, un amante de las pipas como su tío que había sido arrestado por guardar libros. Un abuelo que alejara el anhelo por lo desconocido, que llenase el agujero de la ausencia. Un Abuelo de las Letritas.

Ella también pensó en muchas otras cosas: quería saber por qué el mundo era como era, por qué estaban prohibidos los libros, por qué deberían ser denunciados los que tuvieran, y más un puñado de por qué. Esa noche en particular, sin embargo, estaba preocupada con el “cuaderno de Hilário Pena”. Quizás allí el Señor Santiago escribió historias. “Hilário Pena”... El nombre de familia era el mismo que el del Señor Santiago: “Pena”. La niña quería saber qué había en el cuaderno. Y quería saber quién era el tal Hilário Pena. Después ella vería eso con el bosque.

La niña sabía que cuando se deseaba algo en el bosque, el bosque respondía, y que, habiendo pedido a alguien que contase historias, el bosque ya la había complacido. Estaba muy agradecida. También sabía que, si aquel era realmente un cuaderno de historias, algún día, cuando fuese mayor y más sabia, el bosque lo traería para ella. Pero tal vez hasta allá, ella todavía tuviese mucho que crecer. Quizás llegaría a conocer la historia de Hilário Pena a través de sus propios escritos. O tal vez aprendiese sobre Hilário Pena por la voz de Santiago, el Extranjero que contaba historias.



## SEGUNDA PARTE




*A través de otros ojos:  
Hilário Pena y la Biblioteca de Babel*



## RÉQUIEM

(Brasil, muchos años antes...)

ilário Pena tenía veintidós años el día del crimen. El frío de mayo en São Paulo no impedía la concentración de chicos y chicas, y la algazara avivaba la tarde en el barrio bohemio, anteriormente reducto de los ancianos; rayos de sol escapaban a través de brechas en las nubes, aclarando los tejados, y reforzando el amarillo brillante de la acera; desde allí, era casi inaudible la presentación del *chorinho* que ocurría en los fondos del bar. A la sombra del sauce llorón, Hilário esperaba la llegada de los colegas de trabajo – ingenieros del sector de proyectos, sus superiores en la constructora. Meciéndose en la silla, apoyó los codos sobre la mesa y, aprovechando la proximidad del espejo retrovisor de un automóvil estacionado, se arregló los cabellos negros y lisos. Se quitó la chaqueta, dejando ver sus robustos brazos, y se frotó las manos, tanteando los callos que evocaban la época de actividad en la carpintería. Mientras bebía una cerveza, leyó en el tablón de

anuncios, montado sobre un barril de roble, la llamada para la rueda de Samba del domingo y el cartel de la campaña para la restauración de la Biblioteca Municipal.

En aquel tiempo Hilário no les daba importancia a los libros, pero la discusión en la mesa de al lado llamó su atención: tres chicas y un rubio enjuto recibieron con abrazos al bajito de aspecto indígena que acababa de llegar de bicicleta; al sentarse, el bajito depositó en la mesa un libro polvoriento que había sacado de su camisa, dando inicio a la contienda.

– ¡Esa antigüedad tiene que acabar! – gritó el rubio, y entre risas enmendó que los libros eran detestables y antidemocráticos, que era el momento de ser moderno y prohibirlos como en Suiza, de prenderle fuego a todos.

El bajito se irritó, habló sin vergüenza, ganó apoyo de las chicas; pero luego la discusión fue suplantada por el barullo del bar. Exprimiendo parte de la clientela en la acera, el “Galeriano’s Music Bar”, tenía ese curioso efecto de barajar por instantes las vidas de desconocidos, mezclando voces e impresiones, enlazando miradas, repicando asuntos como pedacitos de vidrio en un caleidoscopio.

El sonido de bocinas hizo que Hilário mirara hacia la calle. Un anciano de piel quemada por el sol empujaba su carretilla recogiendo basura reciclable – obstaculizaba el tránsito y, aunque la lentitud generalmente no incomoda a quien está de paseo, con *aquello* los conductores no tenían paciencia. Hilário se comparó con el viejo, que le pareció un sentenciado a trabajos forzados, pero no demoró en olvidarse de él – en aquella época Hilário cargaba aún el optimismo típico de la juventud, con la certeza del éxito en el futuro: desde la infancia marcada por la pobreza a las burlas en la facultad por usar zapatos simplones, todos sus percances parecían ahora ser superados; la rueda de la fortuna giraría y él alcanzaría la cima, ganaría respeto; y ya percibía que hasta la misma Cristina, la ingeniera pelirroja con piernas de rascacielos, le era cada vez más receptiva.

Cuando finalmente llegaron los cuatro chicos, felicitaron brevemente a Hilário por la promoción de interno a aprendiz, se sentaron



y se pusieron a balbucear sobre el viaje realizado el año anterior, del cual él no participó. Ajeno a la conversación, Hilário alternó tragos de tequila con tragos de cerveza y se puso a observar la jovialidad de las faldas cortas que desafiaban el viento. Ya un poco embriagado, se levantó, serpenteó entre las sillas, mesas y personas a la orilla de la calle, y después fue a revisar el área interna de la barra – el largo rectángulo de paredes forradas de madera, donde colgaban los instrumentos musicales; pero nada de Cristina allí tampoco. Al regresar a su mesa, Hilário percibió que los vecinos habían reanudado la conversación sobre prohibir los libros; iba a mencionar tal asunto a los ingenieros cuando alguien gritó “¡silencio!”, y entonces todas las atenciones se volvieron para el noticiero exhibido en el televisor fijado sobre el toldo de la barra.

La televisión había estado repitiendo la misma materia desde temprano: la decisión judicial era ahora definitiva, no había apelación, y sería aplicada la legislación sobre el nuevo método de reducción de la criminalidad. La técnica consistía en el examen que investigaba la presencia de un gen condicionante de la violencia, y con eso sería posible mapear los posibles delincuentes y aplicar la pena capital a los autores de delitos graves. La noticia hacía eco de aquella de hace unos cuatro años, cuando se publicó la ley, pero de inmediato fue suspendida, y el asunto ahora volvía porque los ministros del tribunal habían escuchado a especialistas, revisado conceptos y cambiado el entendimiento sobre el tema. Las medidas contra el crimen habían obtenido sorprendentes resultados en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, decía el entusiasmado presentador; después fueron adoptadas por toda Europa; y a partir de aquel día se verían en Brasil. El reportaje publicó algunas protestas, manifestantes gritando contra la pena de muerte, mostrando fotografías, amarrándose a los postes, y haciendo confusión con sus carteles. Hilário no le prestó atención.

Ya Túlio, el ingeniero que, por alguna razón ininteligible, era muy estimado por Cristina, celebró: finalmente el Gobierno – o alguien más poderoso que el Gobierno – cumplía su función, resolvía los

problemas, los criminales serían todos arrestados, y los ciudadanos comunes podrían beber sus cervezas en paz. Pronto sonaron los teléfonos celulares, alguien recordó un chiste antiguo, otro comentó el partido de fútbol del miércoles, y el asunto fue cerrado cuando llegaron las porciones de chicharrones y pasteles. Llegaron a la mesa frijoladas y caipiriñas, dos horas transcurrieron en la tarde gris de espasmos amarillentos, y todos se olvidaron del reportaje y de los genes. A lo lejos el sol borroso emergía de las nubes y se iba encovando detrás de los edificios; para entonces hasta Cristina ya había llegado irradiando su belleza cúprica, pero ella se limitó a saludar con la mano desde la puerta, entrando al ala interna con sus amigas. Como de costumbre cuando estaba borracho, Hilário fantaseaba sobre alguna actuación heroica que podría adaptarse a él – necesitaba de algo que despertase el interés de los otros, pues tenía la constante sensación de que permanecía excluido de todo, como si en cualquier parte del mundo fuese siempre un forastero.

Llovía fino cuando Tulio se levantó y se paró entre los dos muchachos de la mesa de al lado; hablaba alto, abriendo y cerrando las manos nerviosamente; parecía no haber sido muy respetuoso con la chica de lilas. Todo comenzó con una simple discusión, pero en segundos los brazos entrelazaron los cuellos, piernas alcanzaban alturas inimaginables, cabezas eran golpeadas. Una sinfonía fue compuesta por vasos, botellas y sillas rotas; el barril de roble fue al piso, partiéndose con estruendos, y un “no”, gritado en coral, fue sucedido por el extraño sonido de la piel rasgándose.

Con los pies en la acera y la espalda en el asfalto mojado, el bajito del libro derramaba sangre por el cuello tiñendo la acera, tiñendo el asfalto, tiñendo todo. Un perro escuálido cruzó la calle y con las patas pintadas fue acuñando la acera, estampando el asfalto, marcando.

Pálido de horror, Hilário Pena tenía en la mano un cuello de botella en forma de daga.



No era la mejor manera de despertarse. El brazo golpeó en la pared estofada por la humedad y pequeñas escamas de pintura cayeron en el rostro de Hilário, impidiéndole abrir los ojos. Qué lugar era ese que él no sabía; había un entorpecedor olor a bodega. Levantó su tronco del suelo áspero, se estregó los párpados y entonces vio, desenfocado, el patrón de varillas alineadas frente a él como soldados pulcros. Intentó recordar lo ocurrido, pero todo parecía envuelto en agua, niebla y vómito.

Había salpicaduras de sangre en su camisa, pero aparentemente no estaba herido. Encontró un esparadrapo pegado en la unión del brazo con el antebrazo. Poniéndose en pie, Hilário se percibió en una celda y con vértigo, agarrándose a las barras de metal para no caer. Vomitó. Segundos después, más erguido, constató estar en un ala de cuatro celdas cúbicas: la suya y la contigua, de un lado del corredor, y otras dos idénticas, del otro lado. Paredes de mampostería gris delimitaban los fondos y uno de los laterales de su celda, mientras que las barandas cerraban el frente y hacían la división con la celda adyacente; no había lámpara en el techo sucio y el piso era de cemento áspero, pareciendo una hoja de zinc arrugada e inmundada. Hilário apartó la cortina beige del lado izquierdo y descubrió el minúsculo baño; había un espejo roto, colgado encima del diminuto lavamanos, un hueco sanitario y una ducha cuya fijación se deslizaba a través de la pared. Un haz de luz proveniente de la pequeña abertura en la pared trasera invadía la celda, proyectando en el suelo, en luces y sombras, el diseño de las barandas. Subiendo en la cama de concreto, estrecha como un catre de campaña, Hilário se puso de puntillas, pero, a pesar de tener casi un metro y noventa de estatura, no alcanzó las rejillas de la ventana. Al bajar de la cama, notó su reloj caído en una esquina y se agachó para recogerlo.

– Bienvenido a Babel.

La voz venía del corredor y atrapó a Hilário todavía agachado; él se giró y vio a un hombre de uniforme gris con cara de hiena.

– ¿Qué estoy haciendo aquí? Preguntó Hilário, levantándose.

– ¿Usted no sabe? Genial. Dígale eso al juez. Quizás él considere su amnesia. Tal vez se olvide de mandar a apretar el botón para freír sus sesos.

– ¿Juez? – e Hilário vomitó un poco más.

El estómago le dolía como si un animal venenoso corriera por sus entrañas. Los recuerdos llegaban lentamente: la botella hiriendo el suelo, estallidos, él en la defensa de los amigos. El oficial penitenciario se alejó silbando.

Las venas y las arterias tripudiaban en la cabeza de Hilário, obligándolo a acostarse a pesar del deseo de vomitar, con su olor mezclado al del tequila y las frituras de bar. Aturdido por lo que había escuchado, se quedó inmóvil y acabó durmiéndose. Cuando se despertó, la pantalla digital de su reloj marcaba las 20:01, sincronizada con las manecillas. Encontró recostada a la reja una vasija de aluminio y la abrió, pero el olor de las verduras rehogadas le provocó angustias, y con la bilis en la garganta no hubo forma de poder comer. Recordó los eventos en el bar y no entendía por qué estaba en prisión; aquello era insondable – y un final absurdo. Buscó refugio en un rincón menos frío, lejos de la cama que parecía una tumba y de la mancha de vómito que cubría el piso. Al usar su chaqueta como manta, se recordó de Doña Marta, la señora que le había regalado aquella pieza de gamuza. De la anciana, el pensamiento saltó para el profesor Andrada, esposo de ella, y para las becas de estudios – de aprendiz de carpintero, Hilário era ahora estudiante de Arquitectura e Ingeniería y estaba a punto de graduarse de ambos cursos. Se recordó de cuando ayudó al maestro, para aquel entonces un extraño, a cambiar los neumáticos en una noche lluviosa; se recordó de la amistad surgida entre el señor culto y el adolescente de uñas sucias, de las tardes jugando ajedrez en la casa de los ancianos, de Doña Marta – siempre conmovida con la historia del huérfano que trabajaba a cambio de un lugar para dormir – enseñándole Música; sin embargo, lo que más conmovía a los ancianos no era la orfandad, y sí la historia de las listas: despojado de cualquier cosa que pudiese llamar suyo, el niño Hilário había capturado todas

en la fantasía: eran listas de viajes soñados, de juguetes de vitrina, juguetes de feria, animales, amigos, golosinas, familiares – en fin, listas de ausencias. La memoria inusual también había reunido tesoros etéreos: listas de dichos callejeros, de palabras raras, de ecuaciones insólitas. Hilário no se refugió cuando, algunos años después, el profesor le ofreció las becas y, medio atontado, descubrió que la habilidad de cambiar neumáticos podía valer una facultad. Dos.

La madrugada encontró a Hilário entre el sueño y la vigilia, tratando de recordar lo que le pareció haber sido el día anterior, el sábado en el bar con la gente de la constructora. Al principio los había encontrado presumidos, decepcionándose un poco con los ricos: eran aburridos, siempre contaban las mismas historias sin gracia y se vestían como si pertenecieran al mismo equipo de rugby. Nadie allí había sido atrapado cuando niño, ni necesitaban avergonzarse al tener que llenar el maldito campo “nombre de los padres” en algún formulario estúpido. Pero ellos vivían en casas suntuosas y tenían autos rápidos, y no fue difícil disfrutar de aquel mundo: en pocos meses, Hilário se vistió como ellos, imitándolos en todo. Cristina había sido la propulsora del cambio, es cierto, aunque sin decir nada – una mujer de aquellas no necesitaba hablar nada para mostrar lo que quería. Convencido de que sólo había cumplido con el deber de defender a sus amigos, Hilário se durmió confortado.



Hilário se despertó con gritos de hiena: alguien importante quería verlo. Ciertamente uno de los ingenieros; tal vez Cristina; o incluso el Profesor Andrada.

Conducido por pasillos delgados intercalados por puertas oxidadas y rodeados por celdas vacías, Hilário llegó a una sala oscura, sin ventanas y de aire pestilente. Pronto los ojos se adaptaron a la poca luz y pudo ver algo: había una mesa rectangular, sobre la que colgaba una lámpara sucia que le daba al lugar la apariencia de una casa de juego, además de cuatro sillas y un

archivo de metal. Colocado de espalda para la puerta en una de las sillas, notó una escalera de ladrillos en el lateral. Tres hombres con corbata, rodearon la mesa y se sentaron, y el más viejo, de rostro negro vivaz, se presentó:

– Señor Hilário Pena, soy Carlos Castelo, abogado – dijo el sujeto, mientras desabotonaba su chaqueta azul visiblemente cara. – Fui designado para representar sus intereses. Mi actuación será *pro bono*. Gratis. Estos dos señores son de la Comisión de Investigación, Análisis y Ejecución del Ministerio de Política Criminal.

Hilário miró el rostro ovalado que le hablaba sobre la tal comisión de nombre largo y extraño. Los ojos del abogado parpadearon por detrás de las gafas de aros redondos, los dedos ajustaban los gemelos de oro, y los cabellos y la barba blanqueados, recortados a máquina bien cortos, daban contorno perfecto al magnífico cráneo. La primera impresión que se tenía del Doctor Castelo era de un hombre bueno, sincero, de aquellos que se involucran en situaciones extremas – como hacen los viejos campesinos al pedir la intercepción a un santo.

Desviando para las dos figuras espectrales de la Comisión, Hilário se sintió atrapado en una tina de hielo: vestían trajes negros idénticos y, si no fuera por la larga barba y el cabello largo de uno en contraste con el corte militar del otro, los dos sujetos serían intercambiables, ambos con el mismo rostro pálido y los mismos ojos opacos de verdugo.

Inclinándose hacia atrás en su silla, Hilário provocó un sonido envolvente al golpear con las esposas en la mesa de jatobá.

– Mucho gusto, doctor. ¿El profesor Andrada lo llamó para mi defensa? ¿O fue el personal del trabajo?

– Fui designado por el Estado – respondió el abogado, abriendo una carpeta.

– Debe haber algún error. Estoy seguro de que mis amigos llegarán pronto. Pídeles que se comuniquen con el profesor. Con todo el debido respeto al señor, doctor, prefiero a alguien de la confianza de él.

– El profesor Andrada ya estuvo aquí mientras usted dormía – dijo el abogado con firmeza. – Al enterarse del caso, pidió que nadie más lo molestara. Dejó en claro que tú eras apenas un chico al que él ayudó hace algunos años. No pareció cómodo con la situación.

– Entiendo. Él ya tiene cierta edad, no debe entender estas cosas. ¿Pero qué hay de los chicos que estaban conmigo en el bar?

El Doctor Castelo titubeó, pero Hilário proyectó el cuerpo hacia el frente, en indicación de que el abogado debía responder.

– Sus amigos no vendrán.

– ¿Como?

– Testificaron en el 3er Distrito de la Capital y fueron enfáticos: no contestarían ninguna llamada suya.

– ¡No puede ser, doctor! – gritó Hilário. – ¡Estoy aquí por ellos! Sólo tomé la botella para que nadie más saliera lastimado.

– Cállese. Mire, soy su abogado, pero sólo podré hacer un buen trabajo si me dices la verdad. *Toda* la verdad. Recapitulemos: mataste a un hombre y nadie confirmó que era para defenderte o...

– ¡Eso es ridículo! ¡Yo no maté a nadie! Aquellos sujetos eran los que estaban golpeando a mis amigos. ¡El bajito tenía hasta un revólver, podría haber matado a Tulio!

El abogado hacía girar su dedo índice por su pasta de cuero de avestruz.

– En realidad, Hilário, sus amigos superaban en número, y según ellos, cuando todo ya había sido apaciguado, usted saltó sobre uno de los chicos, se desequilibró, cayó, y mientras se levantaba, se apoderó de una botella de cerveza, la rompió en la acera y clavó el cuello de la botella en la garganta de aquel joven.

– ¡¿Quién dijo eso?!

– Voy a pedirle nuevamente que se calme. De lo contrario no llegaremos a ninguna parte. Mire, por los testimonios recogidos, su situación es muy delicada.

– Doctor, yo no hice nada malo. ¡El joven tenía un revólver!

– Por ahora ningún testigo ha hablado de un arma de fuego. De cualquier manera, tenemos una posible ventaja en caso de ser

condenado, y es por eso que estos dos señores de la Comisión están aquí.

Hilário se levantó gritando: quería hablar con el profesor Andrada, tenía derecho a una llamada telefónica, alguien debería contactar con el personal de la constructora, alguien tenía que venir y resolver aquella confusión. El abogado le explicó que sí, que tenía derecho a una llamada, pero no, no podía llamar para los amigos que ya habían vetado sus llamadas. La hiena vino hasta la puerta de la sala con la porra levantada; Hilário se sentó, enterró la cabeza en los brazos y se quedó mirando hacia sus rodillas. El abogado esperó a que volviera a la posición original y continuó:

– ¿Tienes a alguien más a quien quieras llamar?

Hilário no tenía a más nadie. Estaba solo. De nuevo. No era más que polvo humano.

Los hombres de la Comisión permanecían inmóviles, se parecían a las gárgolas de una catedral gótica. Hilário quería saber sobre la tal “ventaja”, pero miró de reojo a los sujetos del Ministerio de Política Criminal y les preguntó si tendría una entrevista privada con el abogado. El Doctor Castelo respondió que luego habría tiempo para eso, pero en aquel primer contacto la presencia de los Agentes era de suma importancia para el caso. Sólo entonces los sujetos se presentaron.

– Soy el Agente Martins. Mucho gusto – dijo el hombre sin barba. – Este es el Sr. Supervisor, Agente Meireles.

Hilário los saludó sólo asintiendo y se volvió hacia el abogado, quien comenzó a explicar.

– El día que ocurrió todo, la nueva legislación de seguimiento genético de criminalidad ya estaba vigente. Ahora una buena noticia, más para ti que para el gobierno – dijo el abogado en tono irónico. – Antes de que te trajeran para acá pasaste por el Hospital Central de la Capital. Estabas inconsciente. Por determinación del delegado, se extrajo un poco de tu sangre para el examen de alcohol y narcóticos y...

– ¡Yo no uso drogas!



– Sabemos, los exámenes confirmaron. Pero permítame concluir, por favor. Su sangre también fue sometida a los exámenes de mapeo genético. Fuiste uno de los primeros. Y el único con resultado negativo. Puedes escapar de la pena de muerte y...

– ¡¿Pena de muerte?! ¡¿Primero el carcelero y ahora usted también, doctor?! Sólo pueden estar bromeando.

– Infelizmente, todo esto es bastante grave – y el abogado se frotó el pulgar por los labios. – Hace unos cuatro años, fue promulgada una ley que permite el uso de exámenes genéticos para indicar la tendencia de los delincuentes a reincidir...

– ¡No soy un criminal!

– Déjame continuar – dijo el abogado, impaciente. – Esa ley fue una copia descarada de la estadounidense e incluyó la posibilidad de ejecución de los condenados, algo hasta entonces inconcebible en este país. Tal vez hayas escuchado alguna cosa en su momento. Integré el grupo que impugnó ese absurdo en el Supremo Tribunal Federal. Desafortunadamente, perdimos: nueve de los once ministros aceptaron la tesis de que con el acto presidencial de “declaración de guerra a la criminalidad violenta”, la pena de muerte prevista en la nueva ley podría ser adoptada en casos de asesinato, violación, tortura, terrorismo y latrocinio. El tribunal también dictaminó que el Derecho debe acompañar las innovaciones científicas y, por lo tanto, el análisis de los genes no implica violación de los derechos fundamentales ni...

– Discúlpeme, doctor – interrumpió Hilário – ¡pero toda esa palabrería no me dice nada! De hecho, siempre detesté el derecho y sus términos exagerados. Usted había hablado de “buenas noticias”, pero ahora existe la pena de muerte y antes no la había, ¿no?

Realmente sólo puedo lamentar este punto. Pero no era a eso que me refería. Verás, la nueva legislación permite la ejecución de asesinos, pero sólo delincuentes reincidentes o aquellos que, siendo primarios como usted, han identificado en sus exámenes el gen del crimen. Usted *no lo tiene*. Por cierto, esa es la razón por la cual estos dos señores están aquí: su caso puede representar un agujero en